ESPARO

Era una típica mañana del mes de Junio. Amaneció muy frio, pero hacia el mediodía la temperatura era casi agradable. Algunas nubes blancas, otras grises, salpicaban el cielo patagónico, intensamente azul. El aire frio se movía con lentitud, con cierta parsimonia dominguera, en suaves oleadas bajo el sol invernal.

El club de la Sociedad Italiana, está ubicado sobre la ribera de un brazo del Rio Limay, junto a otros clubes y recreos que bordean la margen izquierda del rio. Cuando llegamos al club, el salón estaba ya repleto de gente; en el estacionamiento ya no quedaban lugares libres, lo que hablaba por sí solo de la nutrida concurrencia que se había congregado ese día.

El bullicio de la reunión se escuchaba desde la antesala del comedor. Adentro, una multitud vocinglera se apuraba a encontrar un lugar donde sentarse, aprestándose para el almuerzo. Abuelos acomodaban nietos en su mesa; padres buscaban sillas para agregar; madres desplegaban platos, cuchillos y tenedores; niños corrían descontrolados entre las mesas. Tres generaciones se reunían para compartir el mediodía dominical.

Buscando caras conocidas, allí, en una de las primeras mesas encontramos a varios de nuestros compañeros del curso de italiano. Rápidamente nos hicimos un par de lugares en la mesa, pues era evidente que le pernil de ternera ya estaba por hacer su entrada casi teatral, para ocupar el escenario gastronómico del día.

Los que nacimos en pequeñas ciudades, estamos acostumbrados a mirar a nuestro alrededor cuando entramos a un lugar concurrido por mucha gente. Esperamos ver caras de amigos, o al menos caras conocidas. Eso nos hace sentir que estamos en nuestro lugar. Entonces pude ver al Negro A., en una mesa en el centro del local. También estaba el Sr. B. en la mesa contigua a la nuestra. El Sr. S con su habitual sonrisa y su calva reluciente, junto a sus hijos, nietos y nueras, en una mesa sobre la derecha, componía el típico cuadro de la familia italiana. Y muchos más. Además de los compañeros del curso de italiano y la profesora, había viejos compañeros del secundario, antiguos vecinos del barrio y … entonces hizo su entrada triunfal el cuarto trasero de vacuno asado.

En un rincón del salón, una mujer bajita, micrófono en mano, hacía comentarios en italiano; expresiones que casi nadie podía escuchar, invitando a los comensales a procurarse su parte del tentador almuerzo, propuesta rápidamente aceptada por todos los presentes, que comenzaron su desfile frente a las mesas donde se servía la comida.

Hacia el final de los postres, nuestra profesora de italiano hacia denodados esfuerzos para hacerse escuchar por sobre la algarabía general. Trataba de organizar algún tipo de juego entre los presentes, que, naturalmente, explicaba en italiano. Yo no entendí ni una sola palabra, pero pude apreciar que algunos asistentes le contestaban desde su mesa, torturando impiadosamente el bello idioma del Dante.

No sé si por el calor que me sofocaba por esas horas, o por el peligro de que en cualquier momento me requirieran alguna respuesta en italiano –y quedara expuesto ante todos como el mal alumno que soy- decidí salir del lugar… ¿o escapar? Mi ego buscaba cualquier excusa. En todo caso, en un santiamén estaba afuera.

El aire fresco de la tarde me golpeó la cara. Detrás quedaba el rumor de la reunión, que se iba perdiendo a medida que caminaba por el parque hacia la costa del rio. Sentía un gran alivio; ahora podría disfrutar de un poco de calma, aunque más no fuera temporal, porque al cabo de un rato debería volver y enfrentar mi incierto destino ante la inquisición lingüística.

|  |
| --- |
| Caminé tranquilamente por los jardines hasta llegar a la orilla del rio. El agua cristalina fluía perezosamente, lentamente, dejando ver el lecho de canto rodado. Mientras miraba el agua desfilaban los recuerdos de mi juventud. Había estado tantas veces en ese lugar.  Cuando llegaban los primeros calores de la primavera, cruzábamos el brazo del rio nadando hacia el refugio de la isla, para que nadie nos viera a la hora que debíamos estar en el colegio secundario. Para nosotros era una gran aventura. Si se enteraban nuestros viejos, mejor ni hablar. |
| Era como si los estuviera viendo… El flaco B., el gringo T., el loco H., entre los gritos y bromas, con el atado de ropa sobre la cabeza para evitar que se moje. Algunos desnudos, otros con ropa interior; todos, muertos de frio.  Sentía en ese momento una cálida sensación, con una nota amarga de lo lejano; de los tiempos en que nuestro devenir existencial saltaba del partido de futbol del domingo al próximo baile en el club, y de allí a la próxima prueba de Literatura. Y la profesora de Matemática que estaba….Y la pelirroja de cuarto francés que jamás se molestó en mirarme…  Que tiempos…! |
| Antes, desde muy chico, acompañaba a mi padre en las excursiones de pesca con sus amigos. Conocía de memoria los caminos y huellas que llevaban a cada lugar del rio. Por las noches en los campamentos junto al fogón, aprendí mil cuentos…, escuche mil fábulas…, aprendí mil verdades…, sospeche mil mentiras…, me mordieron mil miedos… |
|  |
| Tal vez fue en ese momento, cuando mi mente me hacia volver a vivir esas historias. No sé, no lo tengo claro, no lo puedo recordar, pero seguramente fue en ese momento.  El hecho es que lo vi. Esto es seguro.  Miraba pasar el agua cristalina por sobre el lecho de cantos rodados; unos pocos filamentos verdes adheridos a las piedras del fondo, flameaban en la corriente. Los rayos del sol se proyectaban contra el fondo del rio, componiendo una danza de vectores luminosos.  Lo vi aparecer moviéndose en contra de la corriente. Ví el destello dorado como de mil soles iluminando desde el fondo del rio. Pero no eran como los rayos solares, quemantes, cegadores, punzantes. Eran como caricias de luz cálida y dorada.  Quien quiera imaginarse el más esplendido reflejo del oro, no llegará ni cerca a percibir la sensación que me envolvía en ese momento. Porque la luz se percibe con la vista, que como es sabido, es uno de los sentidos mas engañadores. Esta era una sensación diferente; una sensación de totalidad que abarcaba todos mis sentidos, entrando por la vista, e invadiendo el olfato, el gusto, el tacto, y, que como todas las sensaciones extraordinarias, resultan difíciles de explicar y transmitir.  Alguna música, por ejemplo, entra por nuestros oídos, pero nos inunda de una exaltación que claramente desborda lo sensorial para abrazar todo nuestro espíritu; y resulta que de pronto, la tenemos clavada en el alma. Con la vista y el lenguaje, accedemos a la literatura y a la poesía, pero ellas solo son el portal y el camino que nos permite asomarnos al esplendor de la inteligencia y la sensibilidad humana.  Si a alguien le fuera dado el poder de imaginar todo esto junto, sentiría entonces como un destello fugaz de lo que a mi me pasaba en ese momento. |
| No sé cuándo tiempo duró esta experiencia. Pudo ser un segundo o pudieron ser mil años. Sería lo mismo.  No puedo dejar de pensar si no habrá sido solo una trampa de mi mente. Una confabulación de de mis sentidos. ¿Cómo llegar a saberlo? ¿Veo lo que existe, o existe porque lo veo?  Qué extraño poder, qué improbable coincidencia, qué cabriola del azar, qué desconocida e inasequible razón cósmica sería capaz de disponer que cada neurona de mi mente, cada cono de mi retina, cada impulso eléctrico disparado por entre los infinitos caminos de mi cerebro, se coordinen, se alineen, sincronicen y ajusten de la manera necesaria para que yo vea el Esparo en ese momento. |
|  |
| Más de cincuenta años pasaron ya desde aquel día. Fue para la apertura de la temporada de pesca del año en que cumplí los doce. Estábamos en un campamento aguas arriba de Piedra del Águila, sobre el Rio Limay. Junto a mi padre, estaban Hilario, Sebastián y creo que Vladimiro…, ya no me acuerdo con seguridad.  Bajo un esplendido cielo de Noviembre, a la luz del fogón, me revelaron el secreto. Hilario, -sin duda el más elocuente- llevaba la palabra mientras los demás asentían con gravedad.  Mi padre se mantuvo en silencio, sin participar de la charla. Solo se limitaba a agregar un poco de leña al fuego y mover las brasas. En ese momento no lo pensé, pero ahora reparo en que seguramente existió un acuerdo previo, en el cual se programó esta suerte de “iniciación”. Por alguna razón que ya nunca sabré, él resolvió mantenerse aparte del asunto.  Entonces me contaron del Esparo. El pez mítico, eterno, ¿monstruoso? Quien lo puede saber. |
| Me hicieron saber qué podría esperar quien fuese capaz de atraparlo, quien pudiera apoderarse de sus atributos asombrosos. Con el correr de la noche, oí sobre misterios y prodigios que jure no revelar jamás. A partir de entonces supe que ya era uno de ellos. Nunca volvieron a hablar del tema. Ni yo. |
|  |
| Con el tiempo me fui olvidando del asunto, los detalles fueron quedando esparcidos en el camino de los años, con esa forma solapada que tiene el olvido para meterse -de a poco- en nuestras vidas.  Hasta ese instante, en que todo se apareció ante mí, con una claridad asombrosa. Había estado siempre ahí, intacto, expectante, agazapado a la espera del momento preciso para irrumpir en mi vida. Como si el tiempo se hubiera aplastado en una foto, todo apareció fundido en una sola imagen, rompiendo las barreras del tiempo y el espacio, gritándome que ya nada volvería a ser como hasta ese momento. |
|  |
| La pude ver fugazmente. La nena, de unos 7 años, entro corriendo al salón. A los pocos segundos, volvió de la mano de su madre, seguramente, y junto a varias personas más. |
| Rápidamente me hicieron entrar a la sala donde están los baños. |
| Yo estaba totalmente mojado, la ropa pegada al cuerpo, temblando y sin poder articular palabra. Agua del Limay regaba el camino que me habían hecho desandar desde la orilla del rio. Muy lejos escuchaba mil voces, preguntas, exclamaciones, demandas… que yo no tenía ninguna intención de responder. |
|  |
| Pude ver al Sr. S., que se acercaba al lugar con gran calma. Su rostro risueño y jovial ahora estaba serio y pensativo. Se mantuvo unos instantes en silencio, se abstuvo de participar y volvió sobre sus pasos hacia el comedor, donde ya había un gran revuelo y todos comentaban lo sucedido. |
| En el camino, se cruzó con el Negro A., se miraron fugazmente sin cambiar palabras, aunque a pesar de mi situación, creí ver un guiño de inteligencia. El negro A. llego hasta donde yo estaba, me miro por un momento.  - Lo viste -me pregunto finalmente- con el tono de esas preguntas que contienen la convicción de certeza de una respuesta afirmativa.  Yo no abrí mi boca, pero él supo sin ninguna duda que yo le había contestado que sí.  Entonces buscó su teléfono celular, con su parsimonia habitual… |
| Hola… sí,…. no, estoy acá en la Sociedad Italiana,……si, el Tito Livio, ….. si,…. acá,… en el brazo del río, … si, parece que lo vió.  Y cerró su teléfono. |

Tito Livio